

## Todos necesitamos un buen batiscafo

Orlando Luis Pardo Lazo

inCUBAdora

Batista está hoy más vivo que nunca. Y no sólo para los cubanos.

Como en una crónica de Rafael Rojas en *El arte de la espera*, el fantasma fashion de nuestro mulatico autodidacta se nos aparece no sólo en pleno Palacio Presidencial (esa mole siniestra de Centro Habana, que en democracia habrá que demoler algún día), sino también donde menos ya nos lo esperábamos. Un Batista reloaded. Un Batista 3.0, cada vez más interesante e interactivo.

En este sentido, para los lectores cubanos (esa grey incivil), Batista —al contrario de su ahijado Fidel, convertido en polvo patrio dentro de una pesada piedra de la Fosa de Bartlett—, se nos ha hecho ahora muy leve. Batista es ya levísimo, como aire respirable. Aspirable en tanto nación. Un Ur-Batista ubicuo, ubicable por los cuatro costados del planeta Cuba, donde el castrismo invoca a su propio padrino desde la Universidad de Harvard hasta una península de Islandia. Es decir, Batista se nos ha convertido entre las manos, casi sin darnos cuenta, en un inmortal.

En el libro *Regímenes sultánicos* (1998), por ejemplo, donde se habla intelectualmente sobre los peores dictadores de la actualidad, los editores cometieron el error de pedirle un capítulo a un profesor cubano exiliado. O sea, a un profesor cubano exiliado, doctor de cuello y corbata que a ratos enseña y a ratos se ensaña en Harvard, como deben hacer siempre los profesores cubanos exiliados. Entre Trujillo, Duvalier, Somoza, el shá Pahlavi y Ferdinando Marcos, se esperaba que el profesor cubano exiliado colocara el conspicuo apellido de Castro, aún vivito, coleante y cacareando su dictadura comunista de por entonces apenas 40 años.

Ah, pero no. Ni se embullen. Porque el profesor cubano exiliado, cuyo nombre es Jorge I. Domínguez, eligió hablar de un “régimen sultánico” que al parecer ocurrió, como un desastre natural o una pandemia, durante la primera prehistoria cubana: durante esa cosa llamada “La

República” por los peores poetas de nuestra patria. Así, en un libro de referencia para los profesionales del futuro, Batista resucitó como un bebé brutal, a la par que el castrismo era mágicamente desaparecido de la faz de La Tierra por la insigne izquierda académica continental.

Todo cubano debe saber agradecerle —y agradecerle bien— a Jorge I. Domínguez ese gesto de memoria diferencial, diferenciada. Gracias a Harvard, el general Batista vive todavía en la posta 3 de nuestros Moncadas imaginarios. Batista sigue siendo un dictador y un sultán, gracias a Dios. Nos desea salud, salud, salud, mientras que Fidel, el gran higienista de la Historia de Cuba, incluso en vida se fue haciendo como una piedrita que se nos cuela en la córnea o en el zapato. Una molestia y nada más. Algo que ya va a pasar. Que ya pasó, que ya nos pasó.

Hablar de Batista resultaba y resulta más que barato no sólo para Jorge I. Domínguez, sino para toda la intelectualidad cubana. Hay que devenir Batista. Ay, pero para hablar de Castro hay que tener los cojones que ni Jorge I. Domínguez ni ningún acosador de académicas adolescentes tuvo, tiene, ni nunca tendrá.

Como colofón, en la remota Isafjörður, una aldea gélida del noroeste de Islandia, el poeta Eiríkur Örn Norðhal, en pleno festival de poesía performativa en islandés (esa lengua límite, conservada en ámbar desde la primera prehistoria planetaria), también decide hacer su gesto de protesta anti-dictatorial. Y nos lee a velocidad de vértigo un poema donde con sus cacofonías se venga, a ras del 2009, de muchos de los cacos criminales del siglo anterior, el XX: caudillos caricaturizables, dictadores de derecha, tiranos nunca totalitarios y demás criminales de lesa humanidad.

Como cubanos, uno también esperaría que el poeta Eiríkur Örn Norðhal colocara bien en alto el conspicuo apellido de Castro, medio moribundo pero aún vivito, culeando y carraspeando su dictadura comunista de por entonces apenas 50 años.

Ah, pero no. Ni se embullen tampoco. Porque el poeta islandés de la impar Isafjörður eligió hablar de un “régimen sultánico” que al parecer ocurrió, como un fotutazo de lava volcánica o una aurora boreal, durante la misma primera prehistoria cubana: durante esa cosa llamada “La

República” por los peores ya-saben-qué de nuestra ya-saben-cuál. Así, en un poeta de YouTube, Batista resucitó por mil y unésima vez como un santurrón asesino, ahora en la lengua borgeana de los vikingos, a la par que el castrismo volvía a ser mágicamente desaparecido de la faz de La Tierra gracias a la creatividad izquierdófila universal.

Por lo que todo cubano debe también saber agradecerle —y agradecerle bien— a Eiríkur Örn Norðhal este performance perverso, de anacronismo dieciochesco, digital. Gracias a su poesía impronunciable, el general Batista vuelve a sobrevivir hoy al asalto de los estudiantes con metrallera a su propia madriguera, gracias al tecnicismo casi literario de una puerta secreta en su despacho, la cual dicen que se activaba con un chucho escondido bajo un óleo falso de José Martí.

Batista sigue siendo un sultán que inspira a la vanguardia, gracias a Dios. Nos desea salud, salud, salud, mientras que Fidel, el gran timonel del totalitarismo post-Stalin global, se murió sin dejarnos ni un triste testamento donde recordarlo, más allá de un funcionariado verde oliva de fraudulentos fornicadores, hoy en trance de abrir sus nalgas pragmáticas al capitalismo que nunca se cogió bien cogidos ni a Jorge I. Domínguez ni a Eiríkur Örn Norðhal.

*Cubansummatum est.*

Orlando Luis Pardo Lazo,  
Ph.D. in Comparative Literature,  
Washington University in Saint Louis,  
Missouri, USA.  
orlando.l.pardolazo@wustl.edu

P.D. Por favor, no me envíen a mí las demandas por difamación. Enviensela directamente a los abogados de Villa Marista, la sacra sede de vuestra Seguridad del Estado en La Habana, que son los compañeros que están atendiendo mi caso.